

20728
L47
HISTORIA

DE LAS PERSECUCIONES

SUFRIDAS POR LA IGLESIA CATÓLICA

DESDE SU FUNDACION HASTA LA ÉPOCA ACTUAL;

CONTIENE UN EXÁMEN DETENIDO DE LAS CAUSAS DE CADA UNA DE ELLAS Y DE LOS CARACTERES ESPECIALES QUE
PRESENTARON, DE LAS PRINCIPALES LEGISLACIONES QUE CONTRA EL CRISTIANISMO HAN REGIDO
Y RIGEN; LA BIOGRAFÍA DE LOS TIRANOS Y PERSEGUIDORES Y DE LOS MÁS ILUSTRES PERSEGUIDOS Y MÁRTIRES,
CON INTERESANTES DESCRIPCIONES DE LOS LUGARES EN QUE SE LIBRARON
LOS RECIOS COMBATES DEL ORGULLO HUMANO CONTRA LA VERDAD DIVINA DESDE EL CALVARIO,
EN EL SIGLO PRIMERO, HASTA EL QUIRINAL,
EN EL SIGLO ACTUAL.

OBRA ESCRITA POR

D. Eduardo María Vilarrasa y D. José Ildefonso Gatell

Cura propio de la parroquia de la Concepcion y Asuncion
de Nuestra Señora, en Barcelona.

Cura propio de la parroquia de San Juan,
en Gracia (Barcelona).

É ILUSTRADA

CON MAGNÍFICAS LÁMINAS INTERCALADAS EN EL TEXTO.

PREVIA CENSURA DIOCESANA.

TOMO SEGUNDO.



BARCELONA:

IMPRESA Y LIBRERÍA RELIGIOSA Y CIENTÍFICA

DEL HEREDERO DE D. PABLO RIERA,

calle de Robador, núm. 24 y 26.

1878.

Cuaderno 81.

L47
1854

DE LAS PERSPECTIVAS

DE LAS PERSPECTIVAS

DE LAS PERSPECTIVAS

DE LAS PERSPECTIVAS

DE LAS PERSPECTIVAS

DE LAS PERSPECTIVAS

DE LAS PERSPECTIVAS

DE LAS PERSPECTIVAS

DE LAS PERSPECTIVAS

DE LAS PERSPECTIVAS

DE LAS PERSPECTIVAS

DE LAS PERSPECTIVAS

DE LAS PERSPECTIVAS

DE LAS PERSPECTIVAS

DE LAS PERSPECTIVAS

vez. Éste, que era un anciano sacerdote, persuadióse de que la enfermedad física del jóven era agravada por el temor de la muerte. El buen presbítero le tranquilizó diciéndole:

—¡Vamos, amigo mío, valor! No moriréis de esta enfermedad. Dios os reserva grandes destinos. Dios hará de vos un hombre; y si ahora necesitáis de consuelo, día vendrá en que consolaréis á los demas. Su bondad os castiga porque os ama.

Si el confesor acertó anunciándole que no moriría por entónces, anduvo muy equivocado respecto al porvenir del jóven. Dios le conservó la vida, es verdad; pero en los fines providenciales Martin había de realizar un destino semejante al del aguacero que el país exuberante de fecundidad y de vida lo convierte en pestífero lago; semejante al del terremoto que cambia en ruinas la ciudad rica y populosa. El papel de Lutero era remover aquellas socieda-



ENRIQUE IV.

des, arrebatár la paz de tantas almas, derruir instituciones que venían respetando los siglos y los acontecimientos; el papel providencial de Lutero era castigar á aquellas sociedades que despreciaban el don de Dios, que no aprovechaban como debían los beneficios de la civilización cristiana.

Un espantoso acontecimiento vino á imprimir nuevo curso á su existencia.

Hallábase con su íntimo amigo Alejo, cuando de repente se ve asombrado por el fulgor de un rayo. Poco despues, Martin, lleno de terror, contempla en torno suyo, sin vida, á su compañero, á quien la chispa eléctrica acaba de carbonizar.

Lutero era jóven de imaginacion, impresionable hasta el extremo. La desgracia de su amigo, acaecida en su propia presencia, le afectó tan hondamente, que tal vez el jóven hubiera llegado hasta la locura, á no ser los recursos con que para estos casos cuenta siempre la Religión.

Lutero cree que el resplandor de aquel relámpago, que acaba de tender á sus piés á un compañero suyo, es la voz de Dios que le llama como llamó al Apóstol de las gentes en el camino de Damasco, y se figura oír de lo alto una voz que le grita: ¡Al convento!

Martin se arrodilla, invoca el socorro de santa Ana, y ofrece á Dios retirarse de la vida del mundo para consagrarse al claustro. Al llegar la noche, Lutero, sin decir una palabra á sus condiscípulos, toma un pequeño equipaje, en el cual coloca un Plauto y un Virgilio, y va á llamar á la puerta del convento de Agustinos.

—En nombre de Dios abrid, grita sobrescitado el jóven.

—¿Qué queréis? pregunta el lego encargado de la portería.

—Consagrarme á Dios.

El lego contesta:—Amen, y le franquea la entrada.

Á la mañana siguiente, el jóven Martin Lutero, que había hecho concebir á sus profesores brillantes esperanzas, remite á la universidad sus insignias de maestro junto con el traje académico que recibiera en 1505.

Resolucion tan súbita causó en los catedráticos, gran sorpresa primero, profundo disgusto despues.

Encargóse á los que ejercían más prestigio sobre el jóven que fueran á disuadirle de su propósito. Lutero ni tan sólo quiso recibirles. Durante un mes prohibióse él mismo toda clase de trato.

Martin se entrega á un silencio absoluto, á una profunda concentracion miéntras está todavía vivo en su mente el triste cuadro de la horrorosa muerte de su amigo. Si el amor de Dios hubiese llenado entónces aquella existencia, sin duda habría subido á las más sublimes elevaciones de la mística; todo da á entender que en aquel período se agitaron en la mente de Martin ideas lúgubres que le dieron un carácter sombrío, que produjeron en él tendencias extremadamente pesimistas. Las sombras en que estaba envuelta su alma se reflejaban en el carácter de su piedad; nada de esa religiosidad afectuosa y expansiva que está tan conforme con las enseñanzas evangélicas; la piedad de Lutero se parece más bien al terror fatalista de los musulmanes. Figurósele que la tierra se había de negar á sostenerle y que la vería abrirse á sus piés para tragárselo; teniendo siempre á la vista el desastroso fin del desgraciado Alejo, temía caer de improviso en las manos de Dios, en quien no veía sino un juez inexorable desprovisto de los sublimes atributos de su paternidad.

Pasa Lutero noches y más noches en el insomnio; y cuando la postracion llega á cerrar sus ojos, aparécesele entónces en espantoso sueño el espectro de su amigo que le incita á hacer penitencia.

Lutero, para aplacar á un Dios á quien cree irritado contra él, ayuna, se entrega á rigurosísimas maceraciones; el que ántes era un alegre jóven, aparece como el más rígido anacoreta.

—Yo pasaba las noches en vela, nos dice él mismo, me mortificaba, practicaba los rigores cenobíticos hasta comprometer mi salud. Si algun agustino puede merecer entrar en el cielo por lo más escarpado de las peñas de una abadía, éste sin duda era yo.

El miedo era el alma de su devocion. Presentábase á su mente sobrescitada el fantasma de Satanas, fantasma que apénas alcanzaba á desvanecer á fuerza de oraciones. Un día en que un sacerdote, cantando el Evangelio, pronunció aquellas palabras: *Erat Jesus ejiciens dæmonium, et illud erat mutum*; «estaba JESUS echando un demonio, y aquél era mudo.» Martin, sobrecogido de terror, se levanta de su asiento y empieza á gritar:

—*Ah! Non sum ego, non sum ego* (1). «¡Ah! ¡No soy yo, no soy yo!»

Para evitar que se inutilizara en una estéril melancolía ó cayera en el abismo de la desesperacion, se le aconsejó que, pensando ménos en sí mismo, se dedicara á hacer algun bien á

(1) Lingœus, in Vit. Luth.

sus semejantes. Lutero obedeció, pero obrando conforme á las inspiraciones de su modo de ver personal siempre dado á exageraciones extremas.

Salía del convento al rayar el alba para ir á perderse entre las sombras de alguna selva, y allí, sentado al pié de un árbol, enseñaba el Catecismo á algunos pastores, hasta que agobiado por el sueño, se dormía al son de los instrumentos pastoriles. Por la tarde volvía triste, taciturno, sombrío como siempre, á su solitaria celda, donde se entregaba horas y más horas á la plegaria, durmiéndose por fin al sonido de la fuentecilla que, dividiéndose en varios arroyuelos, iba á regar los rosales del convento.

Sus superiores veían en Martin un exclusivismo, un amor propio que era menester dominar; hacíase indispensable sacarle de aquella atmósfera de abstracciones, donde se desarrollaba su orgullo, y reducirle á la vida práctica, sometiéndole á lo que ésta tiene de más vulgar y más prosáico en sus detalles. Así es que se le obligó á abrir y cerrar las puertas de la iglesia, á arreglar el reloj, á ir á pedir limosna para la casa, cargado con la correspondiente alforja. El jóven fraile se quejaba de que se le ocupase en tan humildes tareas, y hasta llegó á interesarse por él la Universidad de Wittemberg, cuyas demandas fueron por fin atendidas.

En 1507 pronunció sus votos, ordenándose de presbítero en aquel mismo año.

Lasfó, el prelado ordenante, le preguntó:

—Prometéis vivir y morir en el seno de la Iglesia católica nuestra buena Madre?

—*Promitto*, «lo prometo,» contestó con decision el ordenando.

La frente del jóven no se serenaba; siempre la misma tristeza, siempre igual melancolía.

Al prepararse para su primera misa escribió á Juan Braun, de Eisenach:

«El 2 de mayo, dominica cuarta despues de Pascua, celebraré mi primera misa; venid á oirla. ¡Pobre de mí, indigno pecador! Dios, en su inagotable misericordia, se digna elegirme; yo trataré de hacerme digno de su bondad, y en cuanto es posible á un puñado de polvo como soy yo, procuraré cumplir sus designios. Rogad por mí, mi querido Braun, á fin de que mi holocausto sea agradable al Señor (1).»

Lutero subió al altar pálido, abatido, temblando. Al hallarse en el Cánon, se sentía hasta tal punto sobrecogido de espanto, que fueron menester todos los esfuerzos del prior para retenerle junto á la mesa santa.

Á la comida, que se celebró despues, asistió su padre. Éste se había opuesto á que Martin abrazase la vida religiosa.

—Quiera Dios que mi hijo no se haya equivocado acerca su vocacion, dijo con profunda tristeza.

Al asistir á la primera misa de Martin, el bueno de Hans no había recobrado su natural jovialidad. En cambio su hijo aquel día estuvo alegre, comunicativo. Quejándose de la reserva que manifestaba Hans, Martin exclamó:

—Padre querido; hoy os pido un favor, y es que no estéis triste. ¿Á qué viene que sólo por fuerza hayáis consentido en que vistiera yo el hábito de fraile? Pues es un guapo vestido, querido padre.»

Estas palabras las pronunció Martin con el desenfado con que solía hablar á Hans, y que no era muy del gusto de éste, que, aunque de humilde condicion, no se resignaba á verse tratado con desden por su hijo. Hans tomó la palabra y exclamó con dignidad, dirigiéndose á aquella multitud de presbíteros, de doctores, de teólogos que ocupaban la mesa:

—¿No habéis leído en la Escritura que es menester respetar al padre y á la madre?

—En efecto, lo dice, respondieron los convidados.

Hans no prosiguió; limitóse tan sólo á echar sobre su hijo una mirada harto significativa.

La conversacion giró sobre varios asuntos. Poco despues oyóse la voz del bueno de Hans que exclamaba:

—Quiera el cielo que éste, señalando á Lutero, no sea un día un laurel de Satanas.

(1) De Vette.

—Vamos, prosiguió tratando de dominarse, bebamos, brindemos, y que Martin nos ame un poco más.

Después de su primera misa, Lutero se apasionó por los estudios teológicos. A santo Tomas y á Scott prefería á Guillermo de Occams, profesor de Oxford y de Paris, escolástico famoso, cuya ortodoxia distaba mucho de ser satisfactoria, pues no sólo disputaba la infalibilidad al Sumo Pontífice, sino hasta al Concilio general, concediéndola en cambio á los laicos reunidos en asamblea, pretendiendo además que sobre la autoridad del Papa estaba la autoridad de la fuerza y diciendo que no veía inconveniente en que hubiesen varios papas independientes unos de otros. Este escritor defendió además en filosofía el nominalismo. Fué también por entónces que Lutero se aficionó al estudio de Jerson y muy particularmente de san Agustin, á quien prefería á todos los otros Padres de la Iglesia.

De tal suerte le ocupaba el estudio que estuvo semanas enteras sin asistir al rezo del oficio divino.

También esta vez su salud se resintió del excesivo trabajo intelectual. Lutero volvió á demacrarse, su rostro, tan sonrosado cuando iba á cantar al pié de las ventanas de Magdeburgo, se puso amarillo. Mossellano nos lo presenta marcado con el estigma de una vejez prematura, marchito el semblante, convertido en un esqueleto.

Entregóse á severidades que en vano trataban de moderar sus superiores.

Veíasele á los piés de los altares, los ojos elevados al cielo, henchidos de lágrimas, dando gritos de misericordia. Al llegar la noche arrodillábase junto á la cabecera de su cama, permaneciendo en aquella postura hasta la salida del sol.

Un día la celda del P. Martín no se abrió á la hora de costumbre. Llamaron una y otra vez; nadie respondía. Se acudió al recurso de forzar la puerta, y se encontró al fraile en una especie de éxtasis, con la frente pegada al suelo, tan absorto en sus meditaciones, que no se apercebía de nada de lo que pasaba en torno suyo.

A pesar de todo Martin Lutero no veía calmarse las agitaciones de su espíritu. Iba poniéndose siempre más melancólico. Terribles espectros, espantosos fantasmas, lúgubres visiones le atormentaban durante el sueño, en las horas de estudio, hasta al pié del altar. Los siniestros sueños, que no eran nada más que efecto de su debilidad física, ó de la sobrecitación de su temperamento agravado por los excesos del estudio, los tomaba por castigos del Señor. Considerábase bajo la acción de una fatalidad implacable. Sucedióle á veces que después de una de estas visiones abría el libro del rezo y se fijaba en versículos como este:

«Dirigidme, Señor, en vuestra justicia y en vuestra verdad. Luégo, proseguía él, la justicia de Dios es para mí la cólera de Dios (1).»

Hallábase en ciertas ocasiones como anonadado bajo el peso de aquella melancolía, cuando encuentra al paso un monje viejecito que le manifiesta interesarse por él y le dice:

—Hermano, yo sé un remedio para los males que os atormentan.

—¿Un remedio? ¿Cuál es? responde Martín con visible ansiedad.

—La fe, le dice el monje con marcado acento de resolución.

De repente los ojos casi apagados de Lutero se abren, y como saliendo de sus órbitas se fijan en su interlocutor.

—La fe, exclama cual si despertase de un sueño, ¿la fe habéis dicho?

—Sí, hermano, la fe gratuita: creer es amar, el que cree será salvo.

Lutero levanta aquella cabeza abatida por el peso de larga enfermedad, junta sus manos, eleva los ojos al cielo y va repitiendo la palabra:

—¡La fe, la fe! ¡Crear es amar!

Aquel buen padre no se proponía otra cosa que proporcionar un consuelo á un espíritu afligido, y sin embargo, acababa de hacer de un fraile agustino el jefe de la más funesta de las rebeliones religiosas.

(1) Ranke.

Allí empezó el protestante. Lutero no se dió cuenta de la barrera que acababa de saltar en aquel instante, pero el hecho era que la había saltado.

El buen monje no podía sospechar siquiera que aquella palabra suya había de ser la que hiciese brotar al protestantismo del estado de incubacion en que ya desde tiempo se encontraba en Europa.

Aquella frase dicha por un hombre que representaba á la vez para Lutero la santidad y la experiencia, la consideró como descendida del cielo; á aquel monje lo recibió como un ángel que le ofrecía una nueva revelacion.

Lutero dió á aquellas palabras un carácter absoluto; creyó que habían de ser la luz que alumbrase en lo sucesivo las oscuridades de su espíritu, hizo de ellas el supremo criterio de su conducta, las consideró como la clave de todo el edificio espiritual.

Aquella consideracion, que duró apenas algunos segundos, obró en Lutero un completo cambio. Desvaneciéronse las visiones nocturnas como por encanto.

Aquella noche Martin durmió ya en reposado y apacible sueño. Al día siguiente asistió á los divinos oficios, tomó parte en el rezo con la comunidad, consagróse tranquilamente al estudio, no se creyó ya desheredado del cielo, no le asaltaron los antiguos temores, parecía otro hombre.

La palabra fe era para él la explicacion de todo. Si se había hallado en el borde del precipicio de la desesperacion, si había dudado de la misericordia de Dios, si había sufrido tanto, la razon estaba en la falta de fe.

Desde aquella hora empezó á anatématizar un pasado en que la fe le aparecía como anublada por observancias de un culto externo, por tradiciones que calificó de atentatorias á la primitiva pureza de la palabra divina.

Fué á caer por casualidad en sus manos un capítulo de san Pablo á los Corintios, en el que la alucinacion de su espíritu le hizo ver la confirmacion del nuevo sistema que empezaba á forjarse.

La calma de Lutero volvió á turbarse. Su superior, Staupitz, á quien el estado del espíritu de Martin no dejaba de producirle serias inquietudes, le propuso un viaje á Roma.

Lutero se había forjado en su imaginacion una Roma ideal, un cuadro sin sombras. Roma era para él una ciudad en que la prosa de la realidad desaparecía ante los encantos de lo maravilloso. Figurábase que en aquella tierra humedecida por la sangre de tantos mártires había de encontrar la tan anhelada paz de su agitado espíritu, que la figura del Papa sería para él como una vision sobrenatural que desvanecería las tinieblas de su alma y la convertiría en un cielo. Su corazon palpitaba de placer á la sola idea de ver al Papa, palabra viviente de Dios en la tierra, el esplendor de CRISTO y de los Apóstoles, sentíase frenético por ver aquella ciudad iluminada por el sol de las almas y que á su modo de ver no podía ser otra cosa que un paraíso (1).

Lutero hace precipitadamente sus preparativos de viaje, las horas le parecen siglos, anhela ver aquella region de los encantos, donde en vez de hombres, se cree encontrar ángeles, donde los templos, los edificios, el conjunto general se lo figura á manera de la celestial Jerusalem descrita por san Juan en el Apocalipsis.

Martin Lutero empuña su bordon y acompañado de otro fraile emprende á pié su camino, sin más dinero que seis ducados con que pagar al Cicerone que le ha de enseñar los prodigios de la ciudad eterna. El religioso no había de pensar en la comida ni en la cama. En cada casa religiosa encontraba una vivienda á su disposicion.

Da la fatalidad que al llegar á Italia encuentra Lutero días nebulosos. Primera ilusion desvanecida. El cielo de Italia tan hermoso, tan puro, aparece á su vista más sombrío aún que el de Alemania.

El fraile Martin y su compañero creen encontrar en cada aldea, en cada caserío, la per-

(1) Niemeyer.

sonificación de los antiguos patriarcas, dispuestos á recibirles como Abrahan á los ángeles del Señor, y encuentran una hospitalidad dudosa y empiezan á hablar de la Suabia, de la Baviera, donde «las casas son tan buenas, los habitantes tan afables, donde tratan tan bien al extranjero (1).»

Cesan por fin los días lluviosos y entónces aquel azul del cielo sin nubes le parece monótono, aquel sol le parece demasiado deslumbrante, aquel horizonte demasiado extenso, aquel crepúsculo de la tarde demasiado ardiente y demasiado frías aquellas noches. El vino de Italia le quema la cabeza, el agua de Italia le produce vahídos, el aire de Italia cubre su mente de espesa niebla.

El entusiasmo empezaba á cambiarse en espíritu de oposicion, en desden, hasta en fastidio.

Llegan nuestros dos frailes á la Lombardía. En un convento de benedictinos se les da franca y afectuosa hospitalidad. Era una casa monacal perfectamente dotada. Aquella grandiosidad les deslumbra.

—Eso sí; se nos trató bien, escribe Lutero; esto sólo puede reconciliarnos con la riqueza del monasterio.

En Montefiascone, en las cumbres del Apenino, Lutero, en vez de un frondoso paisaje cubierto de mirtos y de naranjos, ve una tierra árida, desnudos peñascos y echa á ménos el verdor y las flores de la Sajonia.

Nada dice al espíritu de Lutero la poesía del cielo italiano, su arte carece para él de atractivo, lo juzga amanerado, pueril, sus monumentos no son más que moles de piedra ennegrecida por la accion de los siglos, su historia le inspira odio, aversion. En Italia Lutero es aleman hasta la exageracion, hasta el fanatismo.

Lutero aparece más sombrío que nunca.

Penetra en un humilde meson donde encuentra otros frailes. La jovialidad italiana de aquellos religiosos le irrita, sus maneras expresivas le repugnan, y en aquella tierra donde todo le parece malo, los hombres le parecen insufribles.

Figurábase que la accion del Vaticano había de extenderse á mucha distancia, como un milagro de santidad, que allí los cuerpos se espiritualizaban, que los hombres en aquella tierra de bendicion se convertían en ángeles.

Ve en muchas casas imágenes de santos colocadas en nichos, alumbradas por cirios, cubiertas de flores, ante las que se inclinan y ruegan los fieles.

—¡Desgraciados! exclama Lutero; ¡temer más á san Antonio ó á san Sebastian que á Nuestro Señor JESUCRISTO! ¡Para preservar una casa colocan en ella la imagen de un bienaventurado! ¡Gente sin Dios, que ni creen en la resurreccion de los cuerpos, ni en la eternidad, y sólo temen los males de esta vida!

Las costumbres algo expansivas de los italianos le dan pretexto para decir que no creen en el matrimonio.

Lutero trae prisa para llegar á Roma. Parece que vuelve á reanimarse, que reaparecen en él sus esperanzas; su corazon vuelve á palpar de júbilo.

Al pisar por vez primera la ciudad eterna, Lutero se arrodilla é inclina su frente.

—¡Roma santa, exclama, Roma tantas veces santificada por la sangrè de los mártires! Diríase que no encuentra frases con que saludar á la famosa capital.

Pero muy pronto al creyente se sobrepone el aleman con su orgullo, con sus preocupaciones de nacionalidad, con su odio de raza.

Lutero no había estudiado el mundo sino en sus libros; la realidad práctica la desconocía por completo.

Acostumbrado á concentrarse en sí mismo acababa por hacer de su propia personalidad un culto; para él sólo era bueno lo que estaba hecho á su imagen. Comparó aquellos suntuo-

(1) Halle, t. XXII.

esos edificios con su choza de Eisleben y no supo ver en ellos sino la obra de la soberbia humana; aquellas espléndidas basílicas al lado de su modesta celda le parecieron detestables; acostumbrado á perderse en los bosques de una naturaleza salvaje, se escandalizó al pasear por aquellas calles sembradas de palacios. No comprendió aquel culto rodeado de tanta esplendidez, las armonías de aquella música, los deslumbrantes adornos de aquel arte, porque no acertaba á darse cuenta de que el hombre es espíritu y materia á la vez, y que, dada su constitucion, en todas partes y de un modo particular en las regiones meridionales, las formas exteriores sirven tambien de mucho.

Por otra parte Lutero, que en Alemania era considerado como una notabilidad, en Italia pasaba como una sombra sin que nadie se apercibiese de él. Su mirar sombrío contrastaba con la expresion de la mirada italiana; su carácter taciturno y reservado no se avenía con los instintos de aquel país donde hasta la palabra es una música, aquel temperamento helado se hacía repulsivo en la patria de los artistas.

A Lutero le gustaba perderse en la region de las abstracciones; aislándose del mundo real se sentía asfixiado en el tedio, desvanecido en una atmósfera que no era la de la naturaleza en que le había colocado su Criador; pero Lutero odiaba todo lo que no fuese vivir en aquel elemento, hé aquí por qué sintió horror á la vida práctica de los romanos.

En Alemania había visto unos príncipes que se empobrecían en la satisfaccion de sus pasiones personales; no supo concebir al soberano de Roma que empleaba sus bienes en enriquecer su capital con todos los esplendores del genio.

Lutero en Roma no quiso ver más que las literas de los cardenales, las fiestas del pontificado, la inmodestia de las damas romanas. Se horroriza al ver que la estatua de Julio II sostiene una espada en la mano y no quiere tener en cuenta que el Sumo Pontífice era á la vez rey de Roma, que como soberano temporal tenía derechos que defender y que sin el concurso de la fuerza material el Pontífice de los católicos se hubiera visto reducido á la condicion de súbdito del dux de Venecia ó de vasallo de los reyes de Francia.

Olvida Lutero por completo las lecciones de la historia que le hubieran dicho que, gracias á la majestad pontificia, se logró detener á las puertas de Roma al antiguo jefe bárbaro que traía el propósito de arrasar la ciudad; que de allí había salido el empuje para la obra civilizadora de las cruzadas, que los papas impidieron que el Coran fuese el Evangelio del Norte, que fueron los papas los que hicieron triunfar la fuerza moral sobre la fuerza bruta, que á la sombra protectora del pontificado se desarrollaban los primeros genios del mundo.

Acostumbrado á soñar, en Roma sueña como soñó en Erfurt, en Wittemberg; sueña que en el jardin de un monasterio se han encontrado enterrados la friolera de seis mil cráneos de niños recién nacidos, que ha oído en una reunion á la que asistían treinta doctores, una disputa en la que se decía que el Papa mandaba con su mano derecha á los ángeles del cielo, con su izquierda á las almas del purgatorio, y que era de una naturaleza que participaba de la humanidad y de la divinidad; que un monje había sido estrangulado en su lecho por haberse reído del pontificado, y lo más particular es que este monje fuese Egidio, elevado á cardenal despues de la época á que se refiere Lutero.

El jóven agustino toma de nuevo su bordon y maldiciendo la esplendidez de las solemnidades religiosas, porque en el desvanecimiento de su nebuloso idealismo no acierta á comprender que la idea tenga necesidad de transformarse en imágen, blasfema contra aquel culto cuya brillantez es como la expresion mística del respeto y amor de la criatura á su Dios, hace la señal de la cruz y huye de Roma.

Al volver á su patria, Federico, elector de Sajonia, le nombra profesor de una Universidad que acababa de fundar.

La juventud de Wittemberg se apresuró á concurrir á su cátedra. Su decir claro, elegante, incisivo, lleno á menudo de picante ironía, su desden por los que hasta entónces se consideraban como los sabios de primera fila, le produjo entusiastas aplausos.

El senado de Wittemberg le nombró predicador de la ciudad. Era una misión nueva que le espantaba. Lutero no quiso admitirla. Fué menester mandarle que aceptase.

—Quieren mi vida, dijo; es cargo que ejerciéndolo no viviré tres meses.

—¡Qué importa! se le contestó; vivir ó morir por el Señor ¡qué bello sacrificio!

Lutero aceptó al fin (1).

Sube al púlpito. Su voz era sonora, sus maneras nobles, su frase elegante. Pero en medio de esto había en sus discursos aserciones harto atrevidas. Aparte de su menosprecio á los escolásticos, se le oyó comentar el texto de san. Agustin á su manera, pretendiendo que sólo la fe obtiene lo que demanda la ley, y sin que se declarara de frente contra el ayuno ó la oracion, exaltó la fe hasta el punto de desdeñar las obras, habló de prácticas autorizadas por el cristianismo y las calificó de supersticiones que conducen á la muerte del espíritu y se le vió derramar lágrimas quejándose de que no se apreciaba suficientemente la sangre de Cristo y se iba á buscar entre los ángeles y santos, mediadores, cuando no hay sino uno á quien debe pedirse piedad y misericordia que es el CRISTO que murió por nuestros pecados.

Empezaba ya á entreabrir ante su auditorio las puertas del protestantismo.

Sin dejar el púlpito, apénas hubo recibido el grado de Teología, se dedicó á estudiar y á comentar los textos bíblicos. Apasionóse en favor de éste trabajo; maestros encanecidos en la ciencia teológica asistían á escucharle. El sabio y experimentado Pollich, conocido con el seudónimo de *Lux mundi*, al salir lleno de admiracion de una de sus lecciones, exclamó:

—Es un padre de mucha profundidad, de una imaginacion portentosa; día vendrá en que será la pesadilla de los doctores y que llegue á suscitar grandes tormentas (2).

VI.

El sermón de Lutero sobre las indulgencias.

Lutero, separado ya de la Iglesia en el fondo, seguía adherido á ella en la forma. Faltaba algo que determinase un rompimiento definitivo. La cuestion de las indulgencias fué lo que dió lugar á que el profesor de Wittemberg produjera el grande escándalo de que vamos á ocuparnos.

En la mente de Leon X se alimentaban dos proyectos á cual más grandiosos, el de unir á las potencias cristianas en una accion comun á fin de atajar el paso á los sectarios de la media luna, y el de continuar el plan iniciado por Julio II, de levantar en Roma una basilica digna de la capital del Catolicismo.

Es una gloria para el pontificado, que no le negará nunca la crítica imparcial y elevada, el haberse erigido en portaestandarte de la civilizacion europea. El poder del islamismo hubiera acabado por arrastrar á la barbarie á los pueblos del continente, si los sectarios del Coran hubiesen podido ir batiendo en detall cada una de las nacionalidades. Lo que las daba unidad en medio de sus discordias para oponerse al enemigo comun, era el pontificado, que se valía de su preponderancia política para ejercer una misión tan salvadora. Era el Sumo Pontífice quien, valiéndose de su autoridad, invitaba á reyes y á vasallos, á señores y á plebeyos, á emperadores y á tribunos á fin de que colocasen sobre su pecho la honrosa insignia del cruzado y fuesen á batir á los musulmanes.

Constituído el pontificado en centinela de la Europa, cuando los príncipes seculares se distraen en luchas intestinas, los Sumos Pontífices fijan su mirada en Oriente, y advierten á la cristiandad el menor movimiento de avance de los partidarios del Profeta.

Es la accion de los papas la que empuja á los que recorren el mundo predicando la guerra santa, y cuando la Europa, en un momento de ceguera, desdeña los augurios del pontificado,

(1) Cochläus, *Acta Luth.*

(2) Ulemberg.

entonces los turcos adelantan y se apoderan de Constantinopla (1453). Los príncipes contemporáneos indiferentes como el déspota musulmán echa sobre pueblos enteros de cristianos las cadenas de degradante esclavitud; los turcos siguen su carrera de triunfos; pero entre la indiferencia de unos y el abatimiento de otros, el pontificado levanta su voz y logra que una dieta convocada en Augsburgo se ocupe de la salvación de la amenazada Europa.

Mas los embajadores se limitan á hablar y gemir. Sus palabras se pierden en el vacío; á su llanto el pueblo contesta que aquello es una estratagema de sus señores para esquilmarle.

Los papas no se desalientan. Calixto III repite el eco de la palabra de sus predecesores predicando la cruzada, convoca una dieta en Mántua y logra que se organice un numeroso ejército.

Los turcos adelantan. Entonces Pío II congrega á los cardenales y les dice:

«Hermanos: ha sonado la hora de morir; ya no es tiempo de decir á los príncipes: Marchad; sino de decirles: Seguidnos. Cuando vean al Vicario de Cristo, viejo y enfermo, partir para la guerra santa, se avergonzarán de permanecer ellos encerrados en sus palacios. Vamos á morir pues. Nuestro puesto está en la popa de un buque, en la punta de un peñasco; allí levantaremos á Dios nuestras manos suplicantes; ante nosotros colocaremos el cuerpo de Nuestro Señor JESUCRISTO y le pediremos el triunfo. Todos, á excepcion de los ancianos, vendréis conmigo.»

Los cardenales se inclinan en señal de asentimiento.

Á la hora prefijada, el Sumo Pontífice va á orar junto al altar de los santos Apóstoles, y poco despues llegaba á Ancona, donde le aguardaban treinta mil cruzados, todos gente del pueblo, todos pobres, sin armas, sin pan.

El 14 de agosto de 1464 doce galeras venecianas avanzan viento en popa. Pío II se siente feliz. Un esfuerzo más, y de lo alto de su navío bendecirá á los que acuden en socorro de la cristiandad amenazada.

Mas el cansancio le abate; al llegar la noche su respiracion se hace difícil, y al día siguiente, entre el llanto de todos los circunstantes, espira diciendo al oído del cardenal de Pavía:

—Hijo mío, obra siempre el bien... ruega por mí.

Los turcos adelantan. Sixto IV ordena predicar una nueva cruzada. Despues Inocencio VIII se desprende de todas las rentas de la Iglesia de Roma para favorecer la guerra santa.

Tambien Alejandro II, tambien Julio II dirigen calurosas invitaciones á príncipes y pueblos; no se les escucha.

Viene una hora en que los pontífices, no sólo son desdeñados, sino hasta escarnecidos.

Recordemos la conducta del alemán Hutten, uno de los ídolos de Lutero.

Ulrico de Hutten, poeta, cantor, soldado, se subleva contra la política de Julio II, á quien califica de tirano, á quien llama un sármata de barba espesa, de desordenados cabellos, y pide á un Bruto que liberte á Roma (1).

Segun Hutten, el papa no debe hablar jamas de cruzadas; esto corresponde al César; al César todo lo temporal, al Cristo sólo lo espiritual; Bolonia debe ser del César, Parma debe ser del César, Plasencia debe ser del César, Roma misma debe ser del César. Para él toda iniciativa no puede partir sino de Alemania.

—Rompeamos, dice, estas viejas cadenas; no inclinemos más nuestra cabeza ante esa Italia degenerada y envilecida... Nada contra el turco; si hemos de cruzarnos ha de ser contra Roma; Roma, en donde no se encuentran sino abogados, notarios, procuradores, bulistas, gentes con numerosos domésticos que engordan con nuestros sudores y nuestra sangre.

Leon X va á tentar un supremo esfuerzo. Propónese asociar de nuevo á todos los príncipes para hacer retroceder aquellas hordas que quisieran destruir de Europa la religion de Cristo; dirige un llamamiento á todos los poderosos apelando á su patriotismo y á su piedad.

(1) *Julius est Romæ; quid abest? date numina Brutum, nam quoties Romæ est Julius, illa perit.*

No limitándose á esto, ordena una solemne procesion, en que él en persona y los cardenales con los piés descalzos y una soga al cuello recorren las calles de Roma y van á orar junto á la tumba de los mártires impetrando del Dios de los ejércitos que Constantinopla y Jerusalem vuelvan al poder de los cristianos.

El emperador de Alemania, conmovido, está dispuesto á secundar los justos deseos de Leon X, y hace en este sentido un llamamiento á sus súbditos. Los guerreros se preparan á empuñar sus armas y todos á contribuir con su óbolo. Pero Hutten, desde su cama, en donde se halla enfermo, escribe:

«No déis este óbolo; no atendáis, yo os lo suplico, á los legados que Roma envía á las cuatro partes del mundo para pedir recursos; estos recursos son la leche de las naciones que Roma quiere agotar; se propone embriagarse en los pechos de los reyes.»

La voluntad de Leon X es más fuerte que las contrariedades que le salen al paso. Ha entrado á reinar en España un jóven que, á su corta edad, manifiesta un extraordinario criterio, un valor á toda prueba, el nieto de Maximiliano, el discípulo de Adriano de Utrech, que fué más tarde el papa Adriano IV, el gran Carlos I.

Sabiendo la influencia que ejerce Carlos de Montpensier, conocido con el nombre de *Condestable de Borbon*, el que escribió tan alto su nombre en Mariñan y en el Milanesado, de donde fué nombrado virey, Leon X trata de interesarle en favor de tan generosa empresa.

Conocedor del inmenso prestigio de que goza Wolsey en Inglaterra empéñase tambien con el hábil diplomático.

Escribe ademas al rey Enrique VIII.

«Mi corazon se siente inundado de júbilo, porque sé que Maximiliano, emperador de Alemania; Francisco I, rey de Francia, y Carlos, rey de España, se ponen de acuerdo para hacer la guerra á los turcos. Hasta el presente el turco se ha venido aprovechando de nuestras disensiones. Iba haciéndose cada día más formidable: por fin, gracias á Dios, va á verse contenido en su marcha. He enviado legados para hacer ver la necesidad que hay de los socorros que los príncipes nos han prometido... No seréis vos el último en tomar parte en esta gloriosa cruzada; en ello se interesa vuestra gloria. ¿Qué debo deciros más? Es Dios nuestro Señor, quien os habla por sí mismo, atendad á su llamamiento.»

Vuelve á escribir á Francisco I, diciéndole:

«Los turcos no desisten de continuar sus preparativos de guerra; si no pueden, como se temía, echar en el mar este verano su grande armada, sabemos que se disponen á infestar nuestros mares de piratas... Yo os conjuro á que equipéis lo más pronto posible vuestra flota, á fin de que vuestros buques, unidos á los míos y á los del rey de España, puedan dar caza á los de nuestros enemigos comunes... Cuidemos de que en el día del juicio el Señor no nos condene como servidores inútiles que abusan de los dones que él les otorga; que no nos acuse de indolencia y de cobardía, ya que á nosotros confió la vigilancia de su grey. Hé aquí que viene el lobo acosado por el hambre; tiene sed del santo rocío con que nuestras pobres ovejas fueron bañadas en el bautismo; ved cómo sale de su tienda; no nos descuidemos, velemos por la custodia del rebaño evangélico.»

Leon X no se limita á meras invitaciones, sino que, para todos los que vayan á la santa cruzada ó contribuyan á ella con sus recursos, abre el manantial de los tesoros espirituales por medio de las indulgencias.

Este manantial lo ofrece tambien en favor de los que cooperen á la obra de la basilica de San Pedro.

Hacíase preciso realizar el gigantesco plan de Julio II.

La basilica de San Pedro viene á ser la síntesis de la historia del arte cristiano; es un monumento que marca con recuerdos indelebles de la fe y la piedad de todas las épocas, las etapas de la civilizacion católica. Desde la predicacion del Evangelio no ha transcurrido un solo periodo, no se ha verificado un solo hecho de trascendencia religiosa que no señalara su

huella en aquel sitio consagrado por la religion, engrandecido por el genio y la inspiracion artistica. Es el centro de una serie de monumentos que guardan toda la historia de la Iglesia universal; cada siglo, cada época ha ido á depositar allí en obras de bronce ó de mármol el testimonio de su vida moral y religiosa. Allí está la cátedra donde se sentó San Pedro, allí está la tumba que recogió sus mortales despojos, allí fueron á descansar los once primeros pontífices, excepto san Clemente, que murió desterrado en el Quersoneso, y san Alejandro, cuyos restos fueron recogidos inmediatamente despues de su martirio por una dama romana, inhumándolos en terreno de su propiedad. Allí está la piedra que los paganos llamaron *piedra malvada* y que los cristianos titulan *piedra santa* y cuyo uso se da á conocer en esta inscripcion:

Sobre esta piedra fueron hechos pedazos muchos cuerpos de cristianos.

Allí está la venerable sábana en que fueron envueltos los cuerpos de tantos mártires, trofeo precioso de los grandes triunfos del Cristianismo.

En aquel sagrado recinto Constantino mandó trasladar unas columnas del derruido templo de Salomon, como Sylla había hecho levantar en el templo de Júpiter Capitolino columnas arrancadas del templo de Júpiter Olímpico en Atenas, simbolizando así Constantino de una manera sublime que el Evangelio había recogido la sucesion de la Ley Antigua, mármol precioso consagrado con el contacto del Hombre Dios y que guarda el eco de su celestial palabra.

Las edades de fe han ido amontonando en aquel sitio sus productos más característicos, á manera del peregrino que deja su bordon al despedirse del milagroso santuario que ha ido á visitar.

Y todas estas ofrendas monumentales no se han reunido allí de una manera artificial como en un museo; sino que es una atraccion natural que las ha ido agrupando en rededor de la tumba del Principe de los Apóstoles.

Leon X, en su época, respecto á la gran basílica, debía hacer lo que hizo; obedecía en ello á su mision providencial.

En el origen del Cristianismo, cuando la fe tenia que ampararse á la sombra de las catacumbas, cuando era menester velar los actos más sublimes y más trascendentales de la Religion, la catedral del mundo debía ser un humilde oratorio levantado sobre tumbas tan augustas como las de los primeros pontífices. Aquellos sepulcros equivalian cada uno de ellos á un monumento de triunfo; aquellos restos de mártires, aquellas gotas de sangre derramada en nombre de la fe, en la época primitiva, hablaban tanto al alma y al corazon, que los adornos, que las ofrendas de la riqueza ó del genio hubieran sido allí una redundancia importuna.

El Cristianismo aparece en la escena pública en la época de Constantino; entónces ya es menester que el oculto oratorio se levante del fondo del subterráneo en que se esconde y aparezca convertido en una iglesia de cien columnas.

Viene el siglo XVI, se inaugura un período nuevo en que las luchas gigantescas brillarán al lado de las grandes victorias; el Cristianismo, aunque combatido, es un hecho que trasciende á todos los terrenos, á todas las instituciones; ya no es el buque que no teniendo todavía la experiencia de las tempestades se ampara en el puerto, sino que es la embarcacion que ha desafiado cien tormentas y que cuanto más crece la marejada más se complace en subir, empujada por las ondas, enseñando desde las elevadas montañas de enchidas olas que no sólo la embarcacion no se hunde, sino que conserva la integridad de su armadura para gloria del celestial piloto que la dirige. Hé aquí porque en una época en que otros templos caen, la catedral del Catolicismo crece y su cruz se eleva á una altura hasta entónces desconocida, como para recordar á los pueblos modernos que sólo la cruz será su salvacion suprema.

La basílica de San Pedro no pertenece á Roma, pertenece á todo el mundo cristiano; hé aquí porque Leon X quiere que sea el mundo cristiano entero quien tome parte en tan colossal empresa.

Concede indulgencias á los que contribuirán al grandioso proyecto.

Los rebeldes á la autoridad del Catolicismo, los que quieren sustraerse á su accion, creen haber encontrado un motivo para rebelarse.

Veamos primero lo que son las indulgencias segun la doctrina católica y se comprenderá que la rebelion protestante al acudir á este pretexto no pudo encontrar sino un apoyo falsísimo á todas luces.

«La teología distingue en el pecado la culpa y la pena. La *culpa* es la ofensa inferida á Dios, la *pena* es el castigo que la ofensa merece, pena eterna ó temporal. La Iglesia, que con el poder de las llaves ha recibido el de atar y desatar, ejerce este poder respecto del pecado cometido despues del bautismo, por el sacramento de la Penitencia y por la aplicacion de las indulgencias: con el sacramento de la Penitencia, la Iglesia perdona el pecado en cuanto á la culpa y pena eterna, mas no siempre en cuanto á toda la pena temporal. Por la indulgencia desata ó libra en todo ó en parte de la pena temporal que queda por expiar por nuestros pecados, en este mundo, por medio de obras satisfactorias, y en el otro por la expiacion del purgatorio. La indulgencia perdona, pues, la *pena*, mas no la *culpa*. El tesoro de las indulgencias cuya dispensacion pertenece á los papas y á los obispos, se compone de las satisfacciones superabundantes de CRISTO; una sola gota de la sangre de un Dios-Hombre hubiera bastado mil veces para rescatar millares de mundos. A estos tesoros inagotables de mérito se agregan, aceptadas por Dios como meritorias por causa de su union con las satisfacciones del Salvador y como aplicadas en virtud del dogma de la comunión de los Santos, las superabundantes satisfacciones de María, Madre de dolores, la cual nunca cometió pecados que expiar, y las de gran número de santos que han padecido por la justicia y practicado largas penitencias á fin de rescatar ligeras imperfecciones (1).»

La enseñanza católica sobre las indulgencias está intimamente ligada al dogma consolador del purgatorio. *Nada impuro puede entrar en el reino de los cielos*, y la fe nos enseña que el alma que no ha muerto en pecado mortal, para acabar de lavarse de sus manchas é imperfecciones, el buen Dios la ha designado un lugar de purificacion, hasta tanto que cumplido el tiempo prescrito por la justicia y la misericordia, vaya á ocupar su puesto entre los bienaventurados. La fe nos enseña asimismo que estas horas de prueba y estas penas, cuya duracion ignoramos, pueden ser abreviadas y suavizadas con obras satisfactorias. No porque éstas obras tengan valor en sí, sino que, en cuanto son ofrecidas por el divino Mediador á su eterno Padre, desarman á un Dios que es bondad y misericordia (2). La indulgencia proporciona, por aplicacion de los méritos de JESUCRISTO, un alivio á los padecimientos temporales de las almas de nuestros hermanos, y la Iglesia puede conceder esta indulgencia en virtud del derecho consignado en estas palabras del Salvador:

«Todo cuanto atareis en la tierra, atado quedará en el cielo, todo cuanto desatareis en la tierra, desatado quedará en el cielo.»

Es un sentimiento natural en el hombre, miéntras se halla en este país de destierro, el adherirse á aquellos que le han precedido y que se encuentran ya en la patria. Este sentimiento noble tiene su consagracion religiosa en el dogma de la comunión de los santos, segun el cual la sociedad de los fieles que comienza en esta vida, continúa despues de la muerte en el lugar de la expiacion temporal y acaba en la celestial Jerusalem. Nosotros, miembros de la Iglesia militante, podemos aliviar á las almas que sufren en la Iglesia purgante, y esta doctrina se encuentra en las tradiciones de los primeros siglos, especialmente en Tertuliano y en san Agustin, que se ocupan de las ofrendas en favor de los difuntos.

El Concilio de Florencia hablaba así del estado de las almas despues de la muerte:

—«Las de los verdaderos penitentes, muertos en el amor de Dios ántes de haber hecho fru-

(1) *Conc. Trid.*, Ses. XI, c. XIX.

(2) *Ita non habet homo unde gloriatur, sed omnis gloriatio nostra in Christo est, in quo vivimus, in quo meremur, in quo satisfacimus, facientes fructus dignos penitentiae qui ex illo vim habent, ab illo offeruntur Patri et per illum acceptantur a Patre Conc. Trid. sess. XIV, c. VIII.*

tos dignos de penitencia en expiación de sus pecados de comision y omision, son purificadas despues de la muerte por las penas del purgatorio, y pueden ser aliviados por medio de los sufragios de los fieles vivientes, como por ejemplo el santo sacrificio de la misa, las oraciones, las limosnas y otras obras de misericordia que los fieles cumplen por otros fieles, segun las reglas de la Iglesia.»

San Agustin refiere como despues de la muerte de su madre santa Mónica, Evodio tomó el salterio y entonó un salmo, respondiendo todos los de la casa:

Misericordiam et iudicium cantabo Tibi, Domine.

El mismo santo nos añade que él rogaba á Dios por su madre con lágrimas de que salía inundado al recuerdo del peligro que corre todo el que muere en Adán, porque aunque Mónica llevó una santa vida, no obstante podía dudarse de si le había escapado alguna palabra contra los preceptos del Señor, y en las súplicas que dirigía en favor de su madre, Agustin no alegaba sus méritos propios, sino que rogaba en nombre del Redentor que fué clavado en cruz y que, sentado á la diestra de Dios, implora á su Padre por nosotros en el cielo. «Y puesto que ella, exclama, practicó las obras de misericordia y perdonó á los que la habían ofendido, perdonadle, Señor, las faltas que cometió contra Vos. Si contrajo algunas manchas durante los largos años que vivió despues de su bautismo, os suplico que se las perdonéis y no entréis con ella en juicio. Ella no desea ni que embalsamemos su cuerpo con aromas, ni que se guarden sus restos en suntuosa tumba, ni tan sólo que la conduzcamos á la que ella misma se preparó en su país natal; no nos pide nada de todas estas cosas; nos pide sólo que la tengamos presente en el altar del Señor.»

«No hay duda, añade en otra parte el mismo santo, que las oraciones de la Iglesia, el sacrificio saludable, las limosnas que depositan los fieles en memoria de las almas de nuestros hermanos difuntos, les sirven para ser tratados con mayor suavidad de la que por sus pecados merecieran (1).»

¡Elevada doctrina que establece sublimes relaciones entre la afligida viuda y el esposo que desciende á la tumba, que pone lo que hay de más precioso en la vida, que es el calor de la piedad, junto al hielo de los sepulcros! ¡Bella fraternidad que hace que la obra buena tenga una doble fecundidad; que la limosna que libra á un pobre de las miserias en este mundo, libre á la vez un alma querida de las expiaciones á que tenía que someterse más allá de la tumba!

¿Eran por ventura las indulgencias una novedad? Estúdiense las cosas con criterio racional, no se atiende á la forma, á lo que cambia segun las circunstancias y los tiempos, atiéndase al fondo, y se verá que las indulgencias con los principios que ellas entrañan han existido en todos los tiempos del Cristianismo.

La Iglesia, en virtud de los poderes que le tenía otorgados el Hombre-Dios, desde un principio, siguiendo la tradicion apostólica prescribió penitencias, mortificaciones, lo que importaba la facultad de perdonarlas ó atenuarlas. Hemos hablado de una especie de letras de indulto que daban los mártires y que presentadas al propio obispo obtenían que se suavizara ó remitiera una penitencia.

Desde la época primitiva del Cristianismo encontramos las indulgencias importando una abreviacion del tiempo señalado á las penitencias; tiempo que de otra manera se hacía menester que se consumase si el pecador quería recibir la absolucion.

Se concedieron indulgencias para obras pías, tales como la fundacion de un hospital, la creacion de un templo, por la visita de un santuario (2).

(1) *Lerin. XXXII, de verb. apost.*

(2) *Concilia generalia approbaverunt sicut sacrum concilium Lateranense celeberrimum sub Innocentis III, in quo et saluberrima constitutio omnis utriusque eredita est, limitavit auctoritatem minorum prælatorum in concessione indulgentiarum. Et sacrum Concilium Vienneense approbavit indulgentias Urbani quarti pro venerabilis Eucharistia veneratione. Et omnis Ecclesia ex Germanis, Gallis, Hispanis, Italis, Anglis, Hungaris, Polonis, Danis, Scotis, etc., reverenter suscepit jubileo in Roma á Pontificibus cum plenariis indulgentiis celebratos.*

Enchiridion locorum comicum adversus Lutheram.

¿Se abusó de las indulgencias? Esto no tendría nada de particular. ¿De qué no se abusa en este mundo? Hubo especuladores que abrieron tiendas donde se vendían bulas falsificadas.

Ammirato el Joven refiere que fué á Florencia cierto caballero de Jerusalem, acompañado de un fraile menor, el cual anunciaba haber recibido del Papa plenos poderes para absolver hasta de la condenacion eterna y colocaba una mesa junto á las iglesias para escribir y sellar letras de indulgencias y absoluciones para la culpa y para la pena que distribuía á los que entregaban no solo dinero sino tela y vestidos. Los senadores concibieron sospechas sobre el tal sujeto, quisieron examinar el diploma en virtud del que el caballero ejercía su pretendida autoridad, y se descubrió que no estaba autorizado para hacer lo que hacía, en virtud de lo cual le impidieron que continuase engañando á las gentes sencillas. Escribieron al Papa y se dictaron penas contra los defraudadores, y los Concilios de Viena, de Constanza y de Letran prohibieron severamente semejante tráfico.

Dadas estas defraudaciones se comprende que se extraviase la opinion pública, que el vulgo creyese que el dinero era el precio de la cosa santa, que existieran prevenciones entre los ignorantes y que saliesen á relucir en las tablas monjes que vendían la absolucion al criminal en su última hora ó que contaban el tiempo que un alma habrá de estar en el purgatorio y lo que se necesitaría para su rescate, pues ya entónces el teatro servía tambien muchas veces para calumniar y desprestigiar las enseñanzas y las instituciones católicas.

El derecho de distribuir las indulgencias en Alemania, Leon X lo confirió á Alberto, arzobispo de Maguncia, quien escogió para predicador á Tetzal.

No hablaremos de ese Tetzal inventado por los partidarios de la Reforma y al cual nos describen con una imaginacion extraviada por las lecturas ascéticas, hombre sin saber, sin tacto, henchido de fatuidad, que despues de sus discursos se sentaba en la mesa con su compañero fray Bartolomé y vaciaba allí sendas botellas de cerveza á costa de las cédulas pontificias. Este es el Tetzal de la novela protestante; nosotros debemos hablar del Tetzal de la historia.

Tetzal era el hijo de un platero de Leipsick, que había recibido en 1487 el grado de bachiller en filosofía, despues de brillantísima prueba, á quien se confirió el título de Inquisidor, que no se concedía sino á varones de saber y de experiencia. Juan Lindner le consideró como una de las lumbreras de los dominicos, y Buddeus, escritor protestante, afirma que la elocuencia de sus discursos arrastraba en pos de sí á las poblaciones.

Los relatos protestantes nos dicen que Tetzal ántes de llegar á una poblacion, tenía cuidado de hacerse anunciar, que hacía su entrada al repique de las campanas, que salían músicas y banderas á recibirle, que le acompañaba el clero, las religiosas, los magistrados, los estudiantes, entre coros de hombres y mujeres que entonaban cánticos, y que él subía en un carruaje en el que iba colocada la Bula en rico almohadon. El cortejo se dirigía en procesion á la Iglesia, que estaba ricamente adornada, en la que había espléndida iluminacion, levantándose en el altar mayor una cruz encarnada de la que se destacaba el escudo pontificio.

Lo cierto es que Juan Tetzal era un dominico de costumbres ejemplares, de gran fe, habilísimo escolástico, orador de conceptos profundos que iba derecho al convencimiento.

No diremos que no se apasionara por sus asuntos, en especial cuando estos daban lugar á la controversia, que convencido de su valía no tomase con demasiado calor las disputas teológicas, que no se dejase dominar en ciertas ocasiones por una exaltacion religiosa que el Papa mismo desaprobó más de una vez. Pero de esto á la manera repugnante como lo describen los reformadores, sólo para tener un pretexto más con que explicar su apostasia, va una gran distancia.

Por fortuna los sermones de Tetzal podemos hoy apreciarlos, porque estan impresos, y por señas que lo fueron por protestantes.

En estos sermones se habla siempre de la necesidad de la confesion y de la contricion:

«Todo el que confeso y contrito, dice, depositará una limosna en el cepillo conforme al consejo del confesor, obtendrá una remision plenaria de sus pecados (1).»

—Lo que es este cepillo, dijo Lutero, ya me encargaré yo de agujerearlo.

El famoso agustino pretende que, al empezar Tetzal en Alemania su predicacion sobre las indulgencias, él permanecía aún enteramente adicto á la Sede Pontificia.

«De tal suerte me ha llaba embriagado, dice, anegado en el papismo, que yo habría muerto ó contribuído por lo ménos á matar á cualquiera que desobedeciese una sola sílaba de una órden del Sumo Pontífice (2).»

Pero esto no es verdad.

Basta leer su correspondencia para persuadirse de las vacilaciones de su fe; su espíritu hallábase destrozado por la duda. De lo que estaba embriagado era del ruido qua hacía su nombre como profesor y como predicador; lo que le desvanecía eran los elogios de Hutten.

En unas *Conclusiones* que hasta entónces no se había atrevido á dar á luz, pero que las había consultado con el erudito Cristóbal Scheurl, se desataba de una manera terrible contra la ciencia escolástica; en los *Cuarenta Preceptos* predicados en Wittemberg se revela un espíritu nada conforme con la ortodoxia.

A más de Hutten, otro de sus amigos de confianza era por entónces Erasmo con quien estaba en correspondencia.

Erasmo era un hombre de erudicion, un famoso humanista, pero que se gloriaba de desdeñar y hasta de satirizar á las grandes lumbreras del Catolicismo en la Edad Media, haciendo extensiva su aversion á tomistas y á escotistas. No es que los combatiese con razones sólidas; su estilo era sarcástico, era maestro en el arte de satirizar, prefería una burla á un argumento formal, y él, que nunca trataba de convencer por medio de pruebas sólidas, sabía echar el ridículo contra las doctrinas ó procedimientos que no eran de su gusto. Como todos los escritores de esta clase era apto para destruir, más no para edificar; gustábase burlarse de los defectos exagerándolos, sin que tuviese una palabra de encomio para las virtudes; el aplauso lo compraba haciendo reir á los que le leían ó le escuchaban, malogrando de esta suerte su talento y su perspicacia.

Este Erasmo, acérrimo enemigo de los escolásticos, amante de ridiculizar las costumbres monacales, era otro de los íntimos de Martin Lutero.

No deja éste de reconocer el triste estado de su espíritu aún ántes de su separacion definitiva de la Iglesia.

«Rogad por mí, escribía al presbítero Leitzcken, porque cada día me oprime una miseria nueva, cada día doy un paso más hacia el infierno (3).»

Una tarde en que Lutero se hallaba con unos amigos suyos criticando de los monjes, de los obispos y de los papas y enviándolos derechos hacia el infierno, salió á relucir el fraile Tetzal en la conversacion; el famoso agustino se desató en invectivas contra el célebre predicador.

A fines del año 1517, Tetzal fué á predicar las indulgencias en Juterbock, pequeña villa del principado de Magdeburgo, situada á ocho millas de Wittemberg, residencia de Lutero. Todos los habitantes de esta última poblacion quieren ir á escuchar al dominico que va haciéndose cada día más famoso. Lutero cree llegada su hora. La hiel que oculta en el fondo de su pecho tiene necesidad de desahogarla.

No quiere que sus penitentes salgan de Wittemberg para ir á oír á Tetzal y les prohíbe de un modo terminante que se procuren letras de perdon. Hace más; tristemente obcecado por su apasionamiento, escribe al obispo Misnia diciéndole que la predicacion de Tetzal constituye un escándalo en Alemania, que él, como obispo, debe impedir que se produzca semejante agitacion religiosa.

(1) *Quicumque confessus et contritus eleemosynam ad capsam posuerit juxta consilium confessarii plenarium omnium peccatorum suorum remissionem habebit.*

(2) Prefacio de sus obras.

(3) *Confiteor quod vita mea in dies appropinquet inferno; quia quotidie pejor fio et miserior.*— de Wette

Lutero, viendo que la contestacion tarda en llegar, se manifiesta caviloso, sobrescitado. La causa de las indulgencias ha sido juzgada por el sentido comun de las personas religiosas. El confesonario de los agustinos queda desierto; lo que éstos pierden, lo gana el célebre dominico. La cátedra del P. Tetzl se ve rodeada de inmensísimo concurso.

Ya Lutero no puede contenerse más. También él quiere subir al púlpito, también él quiere predicar sobre las indulgencias, también él quiere que sus sermones se anuncien con mucho ruido.

Antes de subir á la cátedra permanece días enteros sin salir de su celda, haciendo los preparativos del sermón que se propone pronunciar sobre las indulgencias, lo que contribuye á dar mayores proporciones á la espectacion pública.

Llega el día señalado. El templo se llena de bote en bote. Frente á la cátedra en que Lutero tendrá que predicar se colocan sus partidarios, á fin de animarle con sus miradas, con su actitud.

A la hora competente el famoso agustino se presenta en la iglesia, y precedido de sus acompañantes se encamina con paso grave hacia el altar mayor.

Allí se arrodilla en actitud de orar. Sube á la cátedra; su aspecto tranquilo, sus ojos inclinados al suelo, todo induce á creer que Lutero va á encerrarse dentro los límites de su mision. Pero apenas empieza á hablar se nota en él una osadía de formas, una acritud de frase, un estilo apasionado que desdice de la gravedad del púlpito. Desentendiéndose de las augustas tradiciones de la cátedra apostólica Lutero por primera vez profanó el púlpito valiéndose de la burla, acudiendo á una sátira mordaz. No era aquello un sermón, era un diálogo entre el predicador y el oyente, era un lenguaje irónico cual nunca se hubiese permitido en lugar sagrado, era una oratoria de club que iba á buscar sus imágenes en la vida comun de las personas de la ínfima clase, era una serie de insolencias á cual más repugnante.

Hé aquí alguna de sus proposiciones en que se ve desde luego á donde había de conducirle la fatal pendiente en que se colocaba:

6. Sostengo que no puede probarse por la Escritura que la justicia divina exija del pecador otra penitencia ú otra satisfaccion que la enmienda del corazon y que en ninguna parte prescribe el concurso del acto ó de la obra, conforme está escrito en Ezequiel: El Señor no imputará el pecado á aquel que se arrepiente ó hace el bien.

12. Se nos dice que la indulgencia, aplicada al alma que sufre en el purgatorio, le es imputada y tenida en cuenta para la remision del castigo que debe sufrir todavía: es esta una opinion sin fundamento.

14. La indulgencia, en lugar de predicar la expiacion, deja al pecador en el fondo del pecado: si nada debe decirse contra la indulgencia, tampoco es lícito inculcar su aplicacion.

16. ¿Tienes de que dar? Dalo al hambriento; esto te valdrá más que dar para levantar piedras y mucho más que hacer depósito de indulgencias.

18. No hagas cosa alguna para procurarte indulgencias. San Pablo ha dicho: «Quien no tiene cuidado de los suyos no es cristiano y es peor que un infiel.» Quien te diga lo contrario, te engaña. Busca tu alma en tu bolsillo.—Pues entónces me preguntarás:—¿Yo no debo comprar indulgencias? Ya te he dicho que mi súplica, mi voluntad, mis consejos, son que te dispenses de hacer provision de ellas. Esto déjalo para los cristianos perezosos; tú puedes pasarte sin ello.

19. La indulgencia no es en sí de precepto ni de consejo divino; no es un mandamiento, no es una obra que opere la salud.

20. Que las almas sean libertadas del purgatorio por virtud de las indulgencias es cosa que yo no la creo, aunque lo enseñan algunos nuevos doctores; pero éstos no pueden probarlo: la Iglesia nada dice. A fe mía, vale más rogar por ellos.

21. Lo que yo te enseño es cierto; todo está fundado en la Escritura: deja á los esco-

HISTORIA DE ESPAÑA, ILUSTRADA

Esta obra, que se publica en diez tomos, es el resultado de un trabajo de muchos años, en el que han colaborado los más eminentes historiadores de España. El primer tomo trata de la historia de España desde los tiempos prehistóricos hasta el fin de la Edad Media. El segundo tomo trata de la historia de España desde el fin de la Edad Media hasta el fin de la Edad Moderna. El tercer tomo trata de la historia de España desde el fin de la Edad Moderna hasta el fin de la Edad Contemporánea. El cuarto tomo trata de la historia de España desde el fin de la Edad Contemporánea hasta el presente. Los tomos quinto y sexto tratan de la historia de España desde el presente hasta el futuro. Los tomos séptimo y octavo tratan de la historia de España desde el futuro hasta el presente. Los tomos noveno y décimo tratan de la historia de España desde el presente hasta el futuro.

HISTORIA GENERAL DE FRANCIA

Esta obra, que se publica en diez tomos, es el resultado de un trabajo de muchos años, en el que han colaborado los más eminentes historiadores de Francia. El primer tomo trata de la historia de Francia desde los tiempos prehistóricos hasta el fin de la Edad Media. El segundo tomo trata de la historia de Francia desde el fin de la Edad Media hasta el fin de la Edad Moderna. El tercer tomo trata de la historia de Francia desde el fin de la Edad Moderna hasta el fin de la Edad Contemporánea. El cuarto tomo trata de la historia de Francia desde el fin de la Edad Contemporánea hasta el presente. Los tomos quinto y sexto tratan de la historia de Francia desde el presente hasta el futuro. Los tomos séptimo y octavo tratan de la historia de Francia desde el futuro hasta el presente. Los tomos noveno y décimo tratan de la historia de Francia desde el presente hasta el futuro.

LA VIDA EN ESPAÑA

Esta obra, que se publica en diez tomos, es el resultado de un trabajo de muchos años, en el que han colaborado los más eminentes historiadores de España. El primer tomo trata de la vida en España desde los tiempos prehistóricos hasta el fin de la Edad Media. El segundo tomo trata de la vida en España desde el fin de la Edad Media hasta el fin de la Edad Moderna. El tercer tomo trata de la vida en España desde el fin de la Edad Moderna hasta el fin de la Edad Contemporánea. El cuarto tomo trata de la vida en España desde el fin de la Edad Contemporánea hasta el presente. Los tomos quinto y sexto tratan de la vida en España desde el presente hasta el futuro. Los tomos séptimo y octavo tratan de la vida en España desde el futuro hasta el presente. Los tomos noveno y décimo tratan de la vida en España desde el presente hasta el futuro.

EL RENOVAMIENTO

LA VIDA DE LA BOHEMIA

Esta obra, que se publica en diez tomos, es el resultado de un trabajo de muchos años, en el que han colaborado los más eminentes historiadores de Bohemia. El primer tomo trata de la historia de Bohemia desde los tiempos prehistóricos hasta el fin de la Edad Media. El segundo tomo trata de la historia de Bohemia desde el fin de la Edad Media hasta el fin de la Edad Moderna. El tercer tomo trata de la historia de Bohemia desde el fin de la Edad Moderna hasta el fin de la Edad Contemporánea. El cuarto tomo trata de la historia de Bohemia desde el fin de la Edad Contemporánea hasta el presente. Los tomos quinto y sexto tratan de la historia de Bohemia desde el presente hasta el futuro. Los tomos séptimo y octavo tratan de la historia de Bohemia desde el futuro hasta el presente. Los tomos noveno y décimo tratan de la historia de Bohemia desde el presente hasta el futuro.

LA VIDA EN ESPAÑA

Esta obra, que se publica en diez tomos, es el resultado de un trabajo de muchos años, en el que han colaborado los más eminentes historiadores de España. El primer tomo trata de la vida en España desde los tiempos prehistóricos hasta el fin de la Edad Media. El segundo tomo trata de la vida en España desde el fin de la Edad Media hasta el fin de la Edad Moderna. El tercer tomo trata de la vida en España desde el fin de la Edad Moderna hasta el fin de la Edad Contemporánea. El cuarto tomo trata de la vida en España desde el fin de la Edad Contemporánea hasta el presente. Los tomos quinto y sexto tratan de la vida en España desde el presente hasta el futuro. Los tomos séptimo y octavo tratan de la vida en España desde el futuro hasta el presente. Los tomos noveno y décimo tratan de la vida en España desde el presente hasta el futuro.

LA VIDA EN ESPAÑA

Esta obra, que se publica en diez tomos, es el resultado de un trabajo de muchos años, en el que han colaborado los más eminentes historiadores de España. El primer tomo trata de la vida en España desde los tiempos prehistóricos hasta el fin de la Edad Media. El segundo tomo trata de la vida en España desde el fin de la Edad Media hasta el fin de la Edad Moderna. El tercer tomo trata de la vida en España desde el fin de la Edad Moderna hasta el fin de la Edad Contemporánea. El cuarto tomo trata de la vida en España desde el fin de la Edad Contemporánea hasta el presente. Los tomos quinto y sexto tratan de la vida en España desde el presente hasta el futuro. Los tomos séptimo y octavo tratan de la vida en España desde el futuro hasta el presente. Los tomos noveno y décimo tratan de la vida en España desde el presente hasta el futuro.

HISTORIA DE ESPAÑA, ILUSTRADA,

desde su fundacion hasta nuestros dias. Coleccion de litografias representando los principales hechos históricos de cada época, con texto al dorso, por D. Rafael del Castillo.

Sale dos veces al mes, en entregas con cubierta de color, formando cada entrega dos hojas dobladas, que contienen cuatro láminas de tamaño *más de folio*, de papel bueno y fuerte, cual exige una lámina destinada, si se quiere, para ser colocada en un cuadro.—Al dorso de cada lámina, y á dos columnas, va su texto explicativo.

El precio de cada entrega es el de 5 rs. en toda España, remitidas por el correo ú otro conducto, de manera que no puedan malograrse.—En nuestras posesiones ultramarinas las entregas cuestan dos reales más.—Van publicadas 110 entregas.

HISTORIA GENERAL DE FRANCIA

desde sus primitivos tiempos hasta nuestros dias, por D. Vicente Ortiz de la Puebla.

Cuatro tomos en folio, de abundante y clara lectura, impresos con tipos enteramente nuevos y en papel satinado, y adornados con más de 1000 bellísimos grabados, entre láminas sueltas y viñetas, ó 300 entregas de ocho páginas á un real la entrega.

LA VUELTA POR ESPAÑA.

Viaje histórico, geográfico, científico, recreativo y pintoresco. Historia popular de España en su parte geográfica, civil y política, puesta al alcance de todas las fortunas y de todas las inteligencias. Viaje recreativo y pintoresco, abrazando: las tradiciones, leyendas, monumentos, propiedades especiales de cada localidad, establecimientos balnearios, producción, estadística, costumbres, etc.—Obra ilustrada con grabados intercalados en el texto representando los monumentos, edificios, trajes, armas y retratos. Y escrita en virtud de los datos adquiridos en las mismas localidades por una sociedad de literatos.

Tres tomos en 4.º mayor, ó 364 entregas de 8 páginas, á medio real la entrega.—A los que se suscriban y no quieran tomar de una sola vez todas las entregas, se les facilitará ir adquiriéndolas á su comodidad.

EL REMORDIMIENTO Ó LA FUERZA DE LA CONCIENCIA.

Novela basada en el argumento del muy aplaudido drama italiano de Luigi Gualtieri, por D. Juan Justo Uguet.

Dos tomos en 4.º muy abultados con 20 preciosas láminas grabadas sobre boj representando los principales asuntos de la obra, á 78 rs. en pasta.—Tambien se facilita ir adquiriéndola por suscripcion, tomando, á comodidad del interesado, las 134 entregas de que consta, á medio real la entrega.

ILUSTRACION RELIGIOSA.—LAS MISIONES CATÓLICAS.

Boletín semanal de la Obra de la Propagacion de la Fe, establecida en Lyon, Francia.

Un tomo en folio con gran número de grabados intercalados en el texto, á 60 rs. en media pasta.

GALERÍA CATÓLICA.

Coleccion de litografias representando las principales escenas de la vida de Jesucristo, de su Santísima Madre, de la Iglesia católica y de los Santos: con texto explicativo y doctrinal al dorso de cada lámina, por los Rdos. P. M. Fray José María Rodríguez, General de la Orden de la Merced; D. Eduardo María Vilarrasa, Cura propio de la parroquia de la Concepcion de Nuestra Señora, en Barcelona, y D. José Ildefonso Gatell, Cura propio de la parroquia de San Juan, en Gracia (Barcelona); Monumento elevado á nuestro Santísimo Padre Pío IX, Papa reinante, y dedicado á los excelentísimos é ilustrísimos señores Arzobispos y Obispos de España. Con aprobacion del Ordinario.

Agotada la primera edicion de tan útil como lujosa obra, hemos emprendido una segunda, deseosos de complacer á las muchas personas que nos han indicado apetecían poseerla.—La obra consta de cuatro tomos en folio mayor, á 325 rs. en medio chagrin con relieves y dorados al llano; ó 49 entregas de 4 láminas cada una, á 5 reales la entrega en toda España.

VOCES PROFÉTICAS

ó signos, apariciones y predicciones modernas concernientes á los grandes acontecimientos de la cristiandad en el siglo XIX, y hacia la aproximacion del fin de los tiempos, por el presbítero J. M. Curicque, de la diócesis de Metz, miembro de la Sociedad de Arqueología y de Historia de la Moselle, miembro corresponsal de la Sociedad histórica de Nuestra Señora de Francia. Quinta edicion revista, corregida y aumentada. Traducida al español por el licenciado D. Pedro Gonzalez de Villaumbrosia, canónigo de la santa Iglesia Metropolitana de Zaragoza, Examinador Sinodal de varias diócesis, Misionero apostólico, etc., etc.

Dos voluminosos tomos en 4.º mayor, á 32 rs. en rústica y 40 en pasta.